

NUEVAS INVESTIGACIONES

La supuesta expedición de Ben-Farroukh a las Canarias

POR BUENAVENTURA BONNET

Un manuscrito atribuido a Ibn-el-Qouthia

En este presente año se cumple un siglo de que el escritor regional D. Manuel Osuna Saviñón comenzó a publicar en 1844 una historia de estas islas (1), que no llegó a concluir por muerte de su autor. Al estudiar la edad media, el Sr. Osuna trata de las expediciones árabes a este archipiélago, y da a conocer en extracto unos manuscritos encontrados en la Biblioteca de París por el orientalista francés M. Etienne, que pertenecían al historiador cordobés Ibn-el-Qouthia, siendo traducidos y publicados por dicho erudito dos años antes. En el que lleva el número 13 figura una relación, al decir de Osuna, del viaje que emprendió el capitán árabe Ben-Farroukh el año 999 de nuestra era a las islas Canarias.

El Sr. Osuna, después de pasar revista a las expediciones de este pueblo recogidas por Viera y Clavijo, y antes de dar a conocer el manuscrito de referencia, escribe: "He aquí cuánto nos refieren nuestros historiadores acerca del conocimiento que de estas islas tuvieron los árabes de España. Registremos los

(1) Se titula: "Resumen de la geografía física y política, y de la historia natural y civil de las islas Canarias" (Santa Cruz de Tenerife. Imp. de V. Bonnet. 1844). Las entregas de esta obra formaban parte de la sección recreativa del periódico "El Propagador de los conocimientos útiles". La primera entrega se repartió el 3 de febrero del año ya citado, y se publicó hasta la pág. 104. La parte correspondiente a la expedición de Ben-Farroukh alcanza desde la pág. 16 a la 22 inclusive. La obra, en conjunto, es de poco valor. Existen ejemplares en la Bib. prov. de La Laguna y en la Real Sociedad Económica de Amigos del País.

escritos de éstos, y veamos si podemos adquirir algunos otros datos para formar la historia de las Canarias durante aquel período". A continuación hace el extracto de la expedición de Ben-Farroukh, que dice a la letra como sigue:

"Al-jazir Al-Kaledat, esto es, las islas Afortunadas, nos dice Ibn-el-Qouthia, se hallaban habitadas a fines del siglo X, cuando aportó a ellas el célebre Ben-Farroukh, con otros árabes, desembarcando en la isla de Canaria. Esta expedición que se verificó en el reinado de Abdelmehc el año 334 de los árabes, 999 de Jesucristo, fué la primera de que se tiene una noticia cierta. Ben-Farroukh, que en aquel tiempo comandaba uno de los buques destinados a defender las costas de España contra las invasiones de los Normandos, supo que existían hacia las regiones del monte Atlante unas islas que, por su apacible clima y fertilidad, habían merecido de los antiguos el nombre de Afortunadas.

"Dejándose llevar de esta vana ilusión se dirigió a este archipiélago, y avisando la isla de Gran Canaria descubrió el puerto de Gando (2), en el que desembarcó el mes de febrero del año 999. Penetró en el interior a la cabeza de 130 hombres que llevaba consigo, teniendo que vencer todas las dificultades que puede oponer a las comunicaciones un país salvaje; pues los montes estaban cubiertos de espesos bosques, en los cuales apenas podía abrirse camino por medio de los árboles.

"No era ya un nuevo espectáculo para los indígenas de Canaria la presencia de los extranjeros, pues recordaban otras varias expediciones de los árabes, de las que habían quedado entre ellos algunos compañeros: así es que las primeras relaciones del capitán con los isleños fueron muy amistosas. Visitó éste a Guanariga, que era Rey o Guanarteme de Gáldar (3), y a sus Guayres o Consejeros, y les dió a entender, por medio de sus intérpretes, que él y sus compañeros eran enviados por un monarca poderoso para prestar homenaje a la bondad, valor y generosidad de este príncipe; y que habían arrojado los peligros de un largo viaje para establecer con él relaciones de amistad en nombre de su soberano.

"Lisonjeado Guanariga con tal embajada y cautivado por tanta deferencia,

(2) Dice por nota Osuna: "Los árabes denominaron a este puerto de Ben-Farroukh, en memoria del que lo descubrió, y asimismo dieron diversos nombres a los demás puertos de las islas: mas nosotros para marcar la correspondencia con las obras escritas por nuestros historiadores, sólo usaremos de los nombres adoptado por éstos". Sin embargo, el Sr. Osuna debió haber consignado la nomenclatura árabe, sin perjuicio de dar sus equivalentes en castellano. Esa ha sido siempre la práctica seguida con los documentos antiguos.

(3) Osuna yerra cuando en el siglo X nos habla de un Guanarteme o Rey en Gáldar. El historiador Abreu Galindo dice de la isla de Gran Canaria: "Estaba partida al tiempo de su conquista en dichos reyes hermanos, aunque antes era regida por capitanes de cuadrillas donde habitaban ellos y sus cuadrillas y en este estado y manera de vivir se pasó algún tiempo... Después hubo un capitán que se señoreó de toda la isla como se dirá, el cual tuvo dos hijos que partieron entre sí la isla poco antes que los cristianos viniesen a su conquista, y a este Rey llamaban Guanarteme". (Cap. VII, lib. II).

creyó ser más poderoso todavía de lo que era en realidad, pues que el monarca de unas naciones tan distantes solicitaba su alianza; y mandó conducir a los árabes hacia su palacio, que encontraron adornado de flores y ramas de palma, y bien provisto de frutas y de harina de cebada tostada (golio) que habían llevado los canarios para agasajar a los nuevos huéspedes.

"Ben-Farroukh, que deseaba visitar todo el archipiélago de las Afortunadas, se hizo a la vela hacia el poniente, y reconoció cuatro islas, designándolas con los nombres de "Ningaria", que se elevaba hasta las nubes; "Junonia", pequeña isla situada hacia el sur y muy cercana a la primera; y las islas "Aprositus" y "Hero", de las que la última era la más occidental. Navegando después hacia el oriente de Canaria encontró la isla "Capraria", y contigua a ésta la "Pluitana", que se hallaba cerca de las costas africanas.

"Después de haber reconocido Ben-Farroukh las demás islas del archipiélago y visitado de paso algunas de ellas, resolvió volver a España, no sólo porque escaseaba ya de alimentos, sino porque debía dar cuenta a su monarca de los países que había explorado. Así lo verificó en mayo del año 999, después de haber permanecido en las islas cerca de tres meses".

Seguidamente el Sr. Osuna añade el siguiente comentario: "Véase aquí resuelto, en nuestro concepto, el complicado problema que nos propone el historiador Viera acerca del nombre primitivo de cada una de nuestras islas. Casi todos los geógrafos e historiadores antiguos están acordes en estos nombres con muy poca diferencia, más ninguno ha señalado a cada una de las islas de un modo tan claro e inequívoco como lo hace el manuscrito árabe a que nos referimos (4). De donde ha resultado que nuestros historiadores canarios, siguiendo todos la nomenclatura de Plinio, no estén conformes en la designación de cada una de ellas, ocupando muchas páginas de sus obras tan sólo en averiguar su nombre primitivo y su etimología particular.

"Así es, continúa diciendo Osuna, que unos han creído que la isla de Ombríos era la del Hierro, porque Plinio decía que tenía en sus montes un estanque, entendiendo por este estanque las albercas que hubo en aquella isla donde se recogía el agua del "Árbol Santo": otros opinaron que era la de La Palma, en donde se crían con abundancia los cardones o euforbios, suponiendo que éstos eran la "férula" que el antiguo naturalista decía que producía su isla de Ombríos. Pretenden algunos que la isla de La Palma es la Junonia mayor, y la de la Gomera la Junonia menor; mientras hay quien sostiene que estos nombres corresponden a la de Lanzarote y al islote de la Graciosa. Si buscásemos la isla donde se criaban los mayores lagartos para reconocerla por la Capraria de Pli-

(4) "En la descripción que hace Plinio de estas islas, que ya dejamos apuntada, no convienen exactamente sus nombres con los que ahora se expresan por el historiador árabe, que los tomó de Ptolomeo; lo que podrá ser efecto de haberlos traducido este último del latín al griego. El *Almagesto* de Ptolomeo, traducido al árabe por Benhonain, aunque designa las Afortunadas con estos mismos nombres, no las caracteriza de la manera precisa y determinada, como lo hace el citado manuscrito, y además no mencionó la isla Junonia..." (Nota de Osuna). Más adelante se verá porque no se nombra esa isla.

nio, y diésemos crédito a los historiadores franceses de la conquista de Canaria, designaríamos con este epíteto a la del Hierro, y si consultamos al mayor número de los escritores de nuestras antigüedades, tendremos que la isla de Fuerteventura es a quien correspondía aquel nombre, a causa de la abundancia de cabras que en ella había.

“Pero aun es mayor, prosigue diciendo, la discordia que reina entre nuestros anticuarios acerca del origen de los nombres particulares de las islas. ¿Y cómo era posible averiguar su etimología, si no se sabía el nombre que a cada una de ellas correspondía? El propio Viera, a pesar de que ocupó mucho tiempo en este examen, nos dice: “A presencia del laberinto en que se ha de empeñar sin mucha gloria un etimologista de los nombres actuales de nuestras islas, nadie se escandalizará de que los más sinceros indagadores de sus antigüedades confiesen que pretender señalar el nombre decidido con que cada una de ellas fué conocida en el tiempo de Plinio y Ptolomeo, es aventurado a errarlo todo. Ni los mismos antiguos entre sí, ni los modernos con los antiguos, han podido ponerse de acuerdo sobre este punto” (5).

Como resumen de lo expuesto, el Sr. Osuna deduce lo siguiente: “Vista la coincidencia de los nombres que Ptolomeo asigna a nuestras islas con las del manuscrito árabe a que nos referimos, debe deducirse como cierto, que la isla de Tenerife es la llamada Ningaria o Nivaria; la de la Gomera, la Junonia; la de La Palma, Apositus; la del Hierro, la designada con el nombre de Hero; la isla de Canaria, la que todavía conserva este nombre; Fuerteventura fué llamada Capraria o Casperia, y Lanzarote Pluitana.

“En la serie de denominaciones diversas, sigue diciendo, que el capricho de los historiadores ha impuesto a cada una de las Canarias hasta la época de que hablamos, no se reconocen las vicisitudes de los acontecimientos, la variedad de las nomenclaturas es muy frecuente en la geografía de los tiempos antiguos; mas ésta procedía de otro origen muy diverso, a saber, de las conquistas y de la consiguiente inestabilidad de los estados. Perecían con las ciudades los nombres que se les habían impuesto, y si a una población destruída reemplazaba otra, tomaba ésta el nombre de su reparador o fundador: denominaciones sucesivas cuyo estudio está estrechamente enlazado con el de las grandes revoluciones; porque cuando los pueblos se empujan y los imperios se hunden, varían siempre los nombres porque han variado los poseedores.

“No sucede así, agrega Osuna, con las denominaciones que han recibido estas islas. Cada uno de nuestros historiadores antiguos y modernos quieren imponer un nombre. Sobrevienen otros historiadores y las nuevas denominaciones se suceden hasta que la confusión de los nombres y de las lenguas es el resultado de semejantes rivalidades. ¿Qué desenlace reserva el porvenir a tan exclusivas pretensiones? Disputáse la posesión de una palabra: empeño digno del orgullo del hombre!”

Después de esta disertación, dice: “Pero sigamos la relación del árabe Ibn-

(5) Op. cit. Lib. I, párrafo XXV, final, titulado: “De los nombres especiales que le dió Plinio”.

el Qouthia: "Es por cierto muy curiosa la descripción que hace este viajero de los usos y costumbres de los antiguos moradores de este archipiélago, la cual no insertamos aquí por pertenecer a la geografía política, que es el objeto de otro de nuestros tratados; y contrayéndonos a la parte histórica, sólo diremos que las islas Canarias al fin del siglo X estaban habitadas por tribus más o menos bárbaras, gobernadas por diferentes caudillos; que en las islas de Canaria y Capraria (Fuerteventura), estos eran independientes y se hacían la guerra unos a otros, al paso que en la de Nivaria (Tenerife), los habitantes formaban hasta quince tribus subordinadas a un soberano o Mencey, y finalmente que entre todas las islas, la que ofrecía muestras de alguna civilización era la isla de Canaria; tanto por la afabilidad de sus naturales para con los extranjeros, como por sus instituciones civiles y religiosas y su agricultura e industria, que se hallaban más perfeccionadas que en las demás islas" (6).

Aquí termina el relato de Osuna, que atribuye a un autor árabe, a Ibn-el-Qouthia, publicado por M. Etienne.

En busca del manuscrito

La publicación de este documento por el señor Osuna Saviñón, movió el deseo de los historiadores regionales de conocerlo en su fuente. Quien primero intentó la empresa fué el Dr. Chil y Naranjo para insertarlo en sus "Estudios" (7), pero la gestión fué inútil. Oigámosle:

"No obstante los testimonios aducidos por Osuna Saviñón para comprobar el viaje de Ben-Farrouckh, preciso me es consignar aquí la inutilidad de mis investigaciones en busca de esa traducción de varios manuscritos árabes que se atribuye a Mr. Etienne. En el año de 1874, y con el objeto de estudiar esa traducción, la busqué en las bibliotecas de París, comenzando por la del Instituto, y no me fué posible conseguirla, por más que los inteligentes bibliotecarios registraron todos los índices. En 1875 cuando volví a Francia, me dirigí a las personas más competentes, entre ellas a Mr. E. Leroux, editor de las obras más notables de los escritores orientalistas, y me expresó que ninguna noticia tenía de semejante traducción.

(6) A continuación, y como final, el Sr. Osuna hace la siguiente digresión: "Aquí tenemos cuánto la historia nos dice respecto a la primera expedición que hicieron los árabes a las islas Afortunadas. Vemos que ésta no fué señalada por conquistas ruidosas ni por la destrucción de ningún imperio: su origen lo debió sólo al genio de algunos hombres emprendedores seducidos por el atractivo de los descubrimientos y partidarios celosos de todo lo que llevaba el sello de la utilidad y de la grandeza".

(7) Millares Torres emite el siguiente juicio acerca de la obra del Dr. Chil y Naranjo: "Estos estudios destinados a formar una especie de colección enciclopédico-canaria, donde su laborioso autor intenta reunir y compulsar lo más interesante y curioso que se ha escrito sobre estas islas, será indudablemente de grandes ventajas para el porvenir..." (Introd. de su "Hist. de las Can.", páginas 113-114). Cuando Millares escribía esto solo se habían publicado el primero y segundo tomos.

“Mr. Sainte Claire Deville, miembro del Instituto y cuya pérdida lamentarán siempre las ciencias, me presentó al bibliotecario y a uno de sus colegas sumamente versado en lenguas orientales, quien me manifestó que ese Mr. Etienne no debía ser otro sino Mr. Etienne-Marc Quatremère, uno de los orientalistas más distinguidos y cuyas obras se encontraban en la Biblioteca del Instituto, de que había sido miembro. Con estas noticias examiné sus obras y nada absolutamente encontré en ellas referente a Ben-Farrouckh.

“También es muy de notar que ni Mr. D’Avezac, que perteneció a aquel cuerpo científico y a quien nada quedó que buscar con relación a las Canarias, haga tampoco mérito de ese viaje; ni los geógrafos árabes, a quienes nada pasó desapercibido que se refiriese a las islas, dan noticias de una expedición que tan importante aparece, así por la fecha con que se llevó a cabo, al decir de Osuna Saviñón, como por la importancia que tiene, nacida de la estancia de Ben-Farrouckh en la Gran Canaria, de su visita al Guanarteme de Gáldar y de las conversaciones que pasaron con éste y con sus Guáires. El viaje, de haber sido cierto, sería un documento preciosísimo para la historia de las Canarias, de las que se habría tenido noticias cinco siglos antes de ser perfectamente conocidas y conquistadas.

“Sea de esto lo que se quiera, yo no he podido omitir en estos “Estudios” una relación para comprobar la cual, se invoca el testimonio de un autor, que dice haber leído el mismo Osuna Saviñón”. (“Estudios”, t. I, páginas 240-241).

Al publicar en 1879 Sabino Berthelot su obra “Antiquités Canariennes” (8) conserva la creencia de que el manuscrito señalado por Osuna existía, y que una búsqueda concienzuda daría con el documento en cuestión, ya en las bibliotecas de Córdoba o de Lisboa. El sabio francés no duda ni un momento de la buena fe del señor Osuna.

La traducción del pasaje mencionado dice: “El doctor Chil estudia muchas cuestiones históricas que nosotros hemos tratado, y ha reproducido al mismo tiempo el viaje de Ben-Farrouckh, si bien parece dudar de su autenticidad. Dice haber hecho búsquedas en 1874 y en 1875 en París, para obtener la traducción de M. Etienne acerca del viaje en cuestión realizado en 999, y afirma que le fué imposible encontrarlo en ningún índice de los catálogos de la biblioteca de la capital. No fué más afortunado en los informes que le proporcionaron los orientalistas más acreditados, y concluye sus infructuosas investigaciones, diciendo: El viaje de haber sido cierto, sería un documento preciosísimo para la historia de las Canarias de que se habría tenido noticia cinco siglos antes de ser perfectamente conocidas y conquistadas...”

“Por lo que respecta a nosotros, continúa Berthelot, creemos en la autenticidad de este viaje, ya que las dudas del doctor Chil no podrían autorizarnos a considerarlo como apócrifo. Se reconoce, por el contrario, en la sencillez del relato reproducido por Osuna, que ese viaje de Ben-Farrouckh ha sido sacado de

(8) Esa obra, ilustrada con profusión de grabados, vino a aumentar las fuentes para el estudio de las antigüedades canarias.

una obra original, escrita teniendo a la vista un documento cierto, por un autor serio, tal como Ibn-al-Kouthiah, hispano-árabe nacido en Córdoba. Querer, por una reserva mal entendida, llevar el escrúpulo histórico hasta dejar cernir una sospecha sobre la veracidad de un escritor que no podía tener ningún interés de inventar un viaje imaginario, nos parece demasiado severo por parte de un compatriota, y sobre todo de un espíritu tan liberal e inteligente como el doctor Chil. He aquí por qué nosotros preferimos creer en la realidad de un hecho con toda la sencillez de su narración, antes que admitir la duda por falta de pruebas.

“Si nuestra opinión puede tener algún peso, diremos además que el manuscrito de Ibn-al-Kouthiah debe haber formado parte de los archivos de la Biblioteca de Córdoba o de Lisboa, y no de los de París, a menos que haya sido sustraído de aquellas, como sucedió con la “Crónica de Azurara”, el ilustre historiador de Enrique el Navegante, que nuestro amigo Fernando Denis descubrió en 1842 bajo un falso título en París, entre los manuscritos de nuestra Biblioteca Nacional. Y si mi memoria no me engaña, después de treinta y seis años, creo recordar que el Comendador Macedo y el Vizconde de Santarem, ambos de la Academia de Lisboa, me entretuvieron muchas veces con motivo de las antiguas crónicas canarias, hablando acerca de las riquezas históricas que poseen los archivos de España y de Portugal en los grandes centros que ocuparon los árabes conquistadores, y me han hablado frecuentemente de la importancia de las obras manuscritas de Ibn-el-Kouthiah. En definitiva, pensamos que Osuna Saviñón, citando el manuscrito no encontrado, traducido por Etienne, como perteneciente a la Biblioteca de París, pudo haber dado inocentemente una indicación falsa, y que sería en Lisboa o en Córdoba donde debería buscarse este precioso documento...” (9).

La respuesta del Dr. Chil a las indicaciones anteriores fué la siguiente:

“Lamenta Berthelot que yo haya dudado de la relación dada por D. Manuel de Osuna Saviñón, sobre el viaje de Ben-Farroukh a estas islas, y que la haya puesto al nivel de otras que no tienen comprobantes. A la verdad, era y es tan dudosa, como que puedo añadir que el dicho de Saviñón no tiene para mí más autoridad que la suya propia; y como para confirmar ese hecho no me quedaba otro recurso que comprobarlo por el mismo medio y con los propios datos que su autor me suministraba, acudí a la fuente de donde él los había tomado, y que no era otra que el manuscrito de Mr. Etienne, que dice haber visto con el número 18 en la Biblioteca de París. Allí acudí, pero en vano, según lo tengo dicho oportunamente.

“Aún más: en mi último viaje a París para asistir al Congreso antropológico (1878), repetí mis investigaciones, aunque sin resultado alguno. Que Mr. Sabin Berthelot crea que el manuscrito a que se refiere Saviñón existe en las bibliotecas de Córdoba o de Lisboa no es razón bastante para negar que la traducción de ese viaje, hecha por Mr. Etienne, se hallase en París, pues allí la vió aquel autor y allí debía yo ir a buscarla”. (Final del primer tomo de sus “Estudios”).

(9) Op. cit. cap. VII, págs. 37-39. (París, 1879. E. Plon et C^o Ed.).

Diez y siete años después, el historiador Sr. Millares Torres, en su "Historia general de las Islas Canarias", al hablar de las fuentes bibliográficas, trata de nuevo esta cuestión en la pág. 21 (nota 1) de su "Introducción", diciendo:

"Este importante documento, conocido sólo de Osuna, no ha podido ser visto por ninguna otra persona, aunque han sido muchas las investigaciones que se han hecho para descubrirlo. Sin dudar de su veracidad, veracidad que parece reflejarse en la sencillez de su relato, y en los pormenores con que lo acompaña (10), cumple a nuestro deber consignar esta manifestación, lamentando la desaparición de una obra cuyo examen sería de una importancia capital para la historia de las Canarias".

Y a continuación escribe: "En 1842, año que Osuna cita como el de la publicación del manuscrito árabe, se ocupaban de estudios relacionados con estas Islas, entre otros ilustres escritores, D'Avezac, Berthelot, Major, Gravier, Santaren y Macedo; ninguno, que sepamos, cita una publicación, que era todavía más interesante que el diario de Boccacio, descubierto por Ciampi en 1827. Posteriormente, continúa Millares Torres, no han sido más felices las pesquisas hechas por todos los canarios, que se ocupan de ilustrar la literatura patria".

Pero el Sr. Millares no cejó en su propósito de resolver este punto de la historia. Oigamos la gestión que lleva a cabo, inserta en la pág. 106 (nota 1):

"Favorecidos, dice, por la benévola oferta de la señora baronesa d'Elcthal, que ha recomendado eficazmente nuestra petición, nos hemos dirigido al sabio bibliotecario, que tiene a su cargo la sección de manuscritos árabes de la Biblioteca Nacional de París, Mr. de Zotenber, quien nos ha contestado asegurándonos lo siguiente:

1º Je ne connais aucun ouvrage portant le titre indiqué par Mr. Millares ni d'ouvrage portant un titre analogue. 2º Je n'ai pas trouvé dans le texte d' Ibn al-Qouthia le fait mentionné dans la citation; car le récit d' Ibn al-Qouthia, ne s'étend, que jusqu'à l'an 312 de l'hégire. 3º Aucun autre historien arabe ne rapporte le fait en question. 4º Il n'existe aucun autre ouvrage d' Ibn al-Qouthia, ni dans notre Bibliothèque, ni dans une autre. 5º Si Mr. Millares a la conviction, que la citation d'Ossuna n'a pas été forgée, je l'engage à parcourir les ouvrages d'Etienne Quatremère. Cet auteur avait l'habitude de joindre à ses publications une quantité considérable de notes, se rapportant de près ou de loin à son sujet. Si, par hasard l'auteur du nom d'Etienne était le même qu'Etienne Quatremère, il se pourrait qu'il y eut quelque part, dans un ouvrage de Quatremère, la note que cherche Mr. Millares. Mais je n'oserais l'affirmer".

Las conclusiones del sabio bibliotecario llevaron a todos los historiadores la convicción de que el documento invocado por Osuna era apócrifo (11).

(10) Las palabras de Millares Torres contienen el mismo juicio expresado antes por Berthelot (S.) al estudiar el manuscrito.

(11) Millares Torres y el Sr. Wangüemert Poggio aceptan el viaje de Ben-

La falsificación

Teniendo nuestros historiadores la sospecha de que el manuscrito aducido por Osuna no correspondía a ningún documento árabe, es inexplicable por qué no examinaron críticamente el relato, deduciendo así su falsedad. Nosotros vamos a intentarlo.

El primer error que se advierte es cronológico. "Esta expedición, dice, que se verificó en el reinado de Abdelmehc el año 334 de los árabes, 999 de Jesucristo, fué la primera de que se tiene noticia cierta..." Para reducir los años de la égira a los nuestros, no basta añadirles el número 622 (12), pues la diferencia del año solar con el lunar trae muchas complicaciones que hacen la reducción harto difícil. Por lo mismo, hay que atenerse a las tablas calculadas al efecto por los cronólogos para obtener con exactitud la fecha.

Ahora bien: si únicamente se desea hallarla con bastante aproximación, (error de un año a lo sumo) el método se reduce a multiplicar el año de la égira por el número 0'97, y a sumar el producto con 622. Por el contrario, para reducir los años de nuestra era a los de la égira, se resta de aquellos el número 621, se divide el resto por 33, y el cociente se suma con dicho resto.

Aplicando esta regla a las fechas dadas por el Sr. Osuna tenemos que el año 384 multiplicado por 0'97 es igual a 323, y sumándole 622, tenemos el año 945 de nuestra era, y no el 999 consignado por el Sr. Osuna. Si ejecutamos la operación contraria, para comprobar el resultado, o sea reducir el ya citado año de 945 a la égira, tendremos que $945 - 621 = 324$; $324 : 33 = 9$. Ahora: $324 \text{ más } 9 = 333$, que con solo el error de una unidad nos da el año 334, consignado por Osuna. Luego el año 334 de la égira no corresponde al 999 de la Era Cristiana.

Para que no existiera la discrepancia que se observa en las fechas, Osuna debió señalar que el año 334 de la égira era el 945 de J. C., y si le importaba fijar el año 999 debió escribir que correspondía al 389 de Mahoma. De todas suertes en este error no pudo caer M. Etienne, supuesto traductor del manuscrito árabe.

La cita de Osuna acerca de este erudito es muy vaga. Dice por nota: "Véase

Farroukh con ciertas reservas; el Dr. Chil no lo admite; por último, mi distinguido amigo, el erudito Dr. Serra Ráfols, lo rechaza de plano, calificándolo de superchería, que es la frase adecuada. "Por una excesiva prudencia de lenguaje en los historiadores canarios, aun poniendo en evidencia la falta de fundamento del viaje relatado por Osuna, no han sido pronunciadas, que yo recuerde, las palabras de superchería y "frescura incalificable" que son las únicas que corresponden al proceder del mencionado pseudo-historiador..." (Discurso de apertura del curso académico en la Universidad de La Laguna en 1926-1927).

(12) No obstante, y si en contra de todo cálculo cronológico, al año 334 de la égira le añadimos 622, tendríamos como suma el número 956, que es muy inferior todavía al año 999 de J. C., que Osuna da como equivalente al 334 de Mahoma. Error incomprensible que por su magnitud no sabemos a qué atribuirlo.

a M. Etienne, traductor de varios manuscritos árabes, en la Biblioteca de París, de donde están tomadas estas noticias". Más abajo, también por nota, escribe: "Véase la obra citada de M. Etienne. Manuscrito 13". Pero en el texto no se consigna la obra de referencia. Por último, en otra nota insiste en sus afirmaciones no comprobadas: "Así consta de los manuscritos árabes que dejamos citados".

El Dr. Chil y Naranjo, que puso todo su empeño en hallar esos manuscritos, logró identificar al M. Etienne a secas de Osuna, con el M. Etienne-Marc Quatremère, distinguido orientalista, cuyas obras examinó, y naturalmente nada pudo encontrar en ellas acerca del viaje de Ben-Farroukh a las Canarias. Además, el Sr. Zotenber, que tenía a su cargo la sección de manuscritos árabes de la Biblioteca Nacional de París, aseguró al historiador Millares Torres, según hemos visto, que la narración de Ibn-al-Qouthia solamente alcanzaba al año 312 de la égira, y como Osuna extiende el relato al 334 la falsificación es evidente.

Lo que suponemos que ocurrió fué lo siguiente. En tiempo de Osuna las investigaciones sobre las islas tomaron un vuelo sorprendente, y son muchos los eruditos que escriben acerca del archipiélago, descubriéndose documentos como el de la expedición portuguesa de 1341. Osuna no quiso ser menos, y al tener noticia de la publicación de Quatremère en 1842, la utiliza como autoridad de su falso relato, sin darse cuenta de que sería descubierta la superchería (18).

Pero si bien las obras del orientalista francés le sirven de apoyo a la falsificación, lo que nos parece cierto es que la única fuente que utiliza es la obra de Viera y Clavijo, como demostraremos seguidamente.

El autor de las "Noticias", tomándolo de M. Guignes, dice "que siendo los árabes dueños de España y Portugal, emprendieron desde Lisboa una navegación hacia el occidente, y que después de haber surcado largos mares se vieron precisados a retroceder a las Canarias..." Este pasaje sugirió al Sr. Osuna la idea de forjar una expedición a las islas, presentándola con todo el aspecto de haber ocurrido en una fecha determinada.

Concebido el plan, el mixtificador continuó aprovechando el texto de Viera. Dice este historiador al final de su capítulo sobre los árabes: "Como quiera, se puede tener por seguro que los moros de la Península tenían algún conocimiento de las islas Canarias, bajo el nombre de Al-Jazir Al-Kaledat, esto es, islas Afortunadas..." (T. I, pág. 267). Estas mismas palabras son las utilizadas por Osuna en el comienzo de su relato, las que de nuevo repetiremos para comprobarlo. Di-

(18) No ha sido este el único ejemplo de mixtificación, y nuestra historia está plagada de errores, algunos a sabiendas. Recordemos también en nuestra patria los falsos cronicones que embrollaron la historia; y últimamente al autor del poema "Altabízcar Cantua", cuya autenticidad ofreció graves dudas a los eruditos que lo atribuían a un autor moderno, como en efecto así quedó comprobado cuando al morir confesó su inocente superchería. Osuna Saviñón no sólo inventó el viaje de Ben-Farroukh a Gran Canaria, sino que compuso también el de Alvaro Guerra a Lanzarote, muriendo inconfeso y relapso.

ce así: "Al-Jazir Al-Kaledat, esto es, las islas Afortunadas, nos dice Ibn-El Quothia..." En realidad, quien lo dijo fué Viera.

Más abajo escribe Osuna: "Esta expedición... fué la primera de que se tiene noticia cierta." Con estas palabras pretende confirmar la expresión de Viera y Clavijo: "se puede tener por seguro que los Moros de la Península tenían algún conocimiento de las Islas Canarias". Para ello inventa la expedición de Ben-Farroukh.

Todavía es más significativo lo que sigue: "Por otra parte (Viera habla de los moros de la Península), como para defender las costas Occidentales de España contra las correrías de los Normandas (14), tenían en el Mar Esquadradas considerables, con que cruzaban sobre las costas de Africa hasta más allá del monte Atlante, no podrían dexar de dirigirse alguna vez a nuestras islas..." Este juicio dubitativo de Viera lo convierte Osuna en un hecho histórico. Oigámosle: "Ben-Farroukh, que en aquel tiempo comandaba uno de los buques destinados a defender las costas occidentales de España contra las invasiones de los Normandos, supo que existían hacia las regiones del monte Atlante unas islas..." Como puede observarse, el Sr. Osuna copia servilmente a Viera y Clavijo; sin embargo invoca a su favor unos manuscritos árabes.

Además, todos los nombres propios que figuran en el relato son inventados por el Sr. Osuna. Veámoslo. En el año 999 de la era cristiana no existía en España ningún rey árabe que llevara el nombre de Abdelmehc, ni tampoco en el 945 que corresponde al año 334 de la égira. Esta fecha marca el momento cumbre de la grandeza del Califato en nuestra Península con Abderramán III, y si el Sr. Osuna se refiere al 999, vemos que entonces rige los destinos de la España musulmana Hixen III, que tenía por "hagib" o primer ministro al valeroso Almanzor. Este hombre extraordinario, que fué el Califa de hecho, muere en 1002 a causa de las heridas que recibió en la batalla de Calatañazor, o de muerte natural, según afirma Dozy. ¿De dónde, pues, sacó el Sr. Osuna ese Abdelmehc que no aparece en la cronología árabe-española?

Si pasamos a estudiar el nombre del Guanarteme GUANARIGA, que recibe a Ben-Farroukh con toda clase de honores, veremos que es otra trapacería, según demostraremos. Recuérdese uno de los guerreros de Telde llamado GARIRAY. GUA (Abreu Galindo, pág. 103) y tendremos la base de la falsificación (15),

(14) Los nomandos fueren designados por los árabes con el nombre de Madjudjes, y según el historiador Sr. Saavedra está comprobado que Alfonso II el Casto (791) los utilizó como auxiliares contra los moros. Novaire y otros cronistas árabes citados por Dozy, dan cuenta de las devastadoras correrías de esos hombres del Norte en la España musulmana por los años 844, 858 y 861; de aquí que las escuadradas vigilasen las costas. Muchos se quedaron al servicio de los Califas, que tuvieron una guardia normanda, y algunos al disolverse el Califato llegaron a ser Reyes de Táifas, como Nadja el Slavo que reinó en Málaga (1041-1043) y el famoso Mobae, que lo fué de Valencia en 1015.

(15) Dice Abreu Galindo: "Adargoma era Gayre, y de los más valientes canarios que había en el término de Gáldar. y Gariraygua, entre los de Telde, era tenido por más esforzado; habían con sus valentías y reputación acrecentado muchos ganados, y como siempre las diferencias y debates que había entre

pues si a dicho nombre se le suprime la "Y" para deshacer el diptongo, tendremos GARIRAGUA, y si la última "R" la cambiamos en "N", resultará GA-RI-NA-GUA, que leído por sílabas comenzando por la última nos dará GUA-NA-RI-GA, que es ciertamente el nombre del Guanarteme de Gáldar preparado cuidadosamente por el Sr. Osuna. Así, el esforzado guerrero de Telde, se convirtió en Guanarteme. ¡Magnífico!

Y siendo esto así hemos de convenir en que el nombre del capitán Ben-Farroukh es otra falsificación. Sabido es que la voz "farruco", tan conocida en las Canarias como en la Península, sirve entre los moros del Marruecos español para señalar al hombre valiente, osado y decidido, siendo frecuente esta frase pronunciada por los moros: "Español estar farruco". El Sr. Osuna Saviñón la aprovecha y forma con ella un nombre propio, afrancesando su grafía, y de "farruco" surgió "Farroukh".

La fértil imaginación del autor citado tantas veces, se ejerció en el nombre dado a las islas pretendiendo resolver tan intrincado problema con el viaje que inventa, pero sin conseguirlo, ya que coinciden con las nomenclaturas griegas y romanas, pero aun suponiendo que Ben-Farroukh conociera las obras de Plinio y Ptolomeo, era muy difícil o mejor imposible, aplicar a cada isla el nombre con que las bautizaron los geógrafos antiguos, y más imposible que estos nombres fuesen latinos y no árabigos. La confusión es aún mayor, pues Ptolomeo escribe: "Herae, hoc est Junonis insula". Sin embargo, Osuna desdobra esta denominación aplicándola a dos islas en vez de hacerlo a una solamente, atendiendo a la expresión del geógrafo.

Mayor descuido que el anterior es el anacronismo en que cae al dar a Tenerife la denominación de "Ningaria", puesta en boca de un árabe del siglo X. En ningún autor antiguo figura ese nombre, que es una corrupción del de "Nivaria". Aparece por primera vez, que sepamos, en la Bula de Clemente VI al conceder al Príncipe de la Cerda las islas Canarias, en que dice: "Quarum omnium prima Canaria, alia Ningaria..." ¿Cómo pudo Ben-Farroukh, en 999, adivinar a Clemente VI que vivía en 1344?

Demuestra en fin lo imposible de este viaje el desconocimiento de la brújula que sólo fué utilizada de modo rudimentario un siglo después (16); pero aun

los canarios por la mayor parte era sobre pastos, sus pastores se fueron a quejar cada uno a su señor; juntáronse los dos, Adargoma y Gariraygua, a tratar del desagravio de las diferencias que tenían sus pastores y de conformidad lo dejaron y pusieron en la fortuna de batalla de la lucha del que venciese, con tal concierto que el rendido dejase el pasto a su contrario y estuviese a la voluntad del vencedor..." (Op. cit., lib. II, cap. VII).

(16) Introducida la brújula en Europa, probablemente por los árabes que la tomaron de los chinos, la aguja imanada estuvo primero colocada en un pedacito de paja o de caña flotando en el agua, pero sometida con el barco a la agitación del mar era poco práctica. Es sin duda el aparato que mencionan los versos de Guyot de Provins (1190) con el nombre de "marinette". Una de estas brújulas primitivas se encontró a bordo de un navío de Mesina capturado en 1293. En el siglo XIV se perfeccionó en Amalfi: se colocó la aguja en un soporte, se le agregó la llamada "rosa de los vientos", y se encerró en una caja; de ahí proviene el nombre de brújula, de la voz italiana "bossola" que significa caja.

suponiendo que se usara en la fecha del relato, es muy difícil que con aparato tan inseguro todavía se atreviera Ben-Farrokh a separarse de las aguas españolas y lanzarse a pleno Océano. Además, siendo la misión del almirante árabe vigilar las costas lusitanas, no era posible que abandonara su cargo durante tres meses dejando el paso libre a los normandos, con grave reponsabilidad, aventurándose en una empresa para la cual no había recibido órdenes concretas y obrando por impulso propio.

Por los errores que contiene, la burda mixtificación de fechas y nombres, y los pasajes que copia servilmente de Viera, es inútil buscar el original de este viaje en ningún escritor árabe ni en sus traductores. El verdadero autor del manuscrito falsificado no es otro que el propio D. Manuel Osuna Saviñón.